

Un socialismo verde y feminista: La teoría y la práctica¹

Mary Mellor

En este artículo discutiré los problemas del análisis tradicional socialista desde una perspectiva verde y feminista y trataré de establecer una teoría y práctica feminista y verde. Finalmente, identificaré una posible fuente de la crisis del capitalismo en el contexto del Reino Unido.

LOS LÍMITES DEL PENSAMIENTO SOCIALISTA TRADICIONAL

Tal como he argumentado en los últimos años, el desafío socialista tradicional al capitalismo fracasó porque, a pesar de analizar correctamente la naturaleza explotadora de la producción capitalista, no tuvo en cuenta la convergencia de intereses de (la mayor parte de) los hombres en definir la «economía» tal como se define en una sociedad industrial capitalista (Mellor, 1992a, 1992b, 1993, 1995, 1997a). El análisis materialista histórico tradicional debe ser ampliado para abarcar una perspectiva verde y feminista, que he llamado un «materialismo ecofeminista» (Mellor, 1997b). Desde esta perspectiva, la «economía», que era vista como la fuerza que dirigía la sociedad, estaba reducida a lo que los hombres hacían

(trabajar para conseguir el «salario familiar») y a las mercancías que podían proporcionar una ganancia a los capitalistas. El trabajo que no se vendía, no entraba en la «economía», como el trabajo doméstico y de subsistencia de las mujeres que, al igual que los costos ecológicos de la producción, era visto como «externalidad». Eso último ha tenido por resultado una destrucción ecológica particularmente grave en Europa oriental.

Para el socialismo marxista tradicional, el pueblo, cuya subsistencia era expropiada al ser expropiados sus tierras y recursos comunitarios, sólo podía hacer frente eventualmente al capitalismo como trabajadores asalariados. Pero hoy en día está claro que una lucha política central en el capitalismo es la lucha por el derecho a la subsistencia, a las tierras tradicionales y a conservar las propias historias de las comunidades. Las mujeres tienen un papel central (aunque no exclusivo) en esa lucha. Nos hemos dado cuenta con retraso (¿o nos hemos dado cuenta?) de que el proletariado industrial no es y no ha sido una «clase universal», aunque sí representa un aspecto de la naturaleza explotadora de la producción capitalista. El trabajo es algo mucho más amplio que el trabajo asalariado y la explotación es algo mucho más amplio que la creación de plusvalía por el trabajo asalariado.

El énfasis marxista en los conflictos referentes a la producción ha llevado a ignorar los conflictos acerca de la reproducción y el derecho a la subsistencia. Nos ha impedido preguntar cómo es que la «economía» sólo representa la producción valorada por (la mayor parte de) los hombres y por el capital. Al atender sobre todo a la lucha sobre la propiedad y el control de los medios de producción, el socialismo irónicamente ha dado más credibilidad a la economía capitalista y a sus mecanismos, en particular al llamado crecimiento económico y el consumismo. Así, con las promesas del crecimiento y el consumismo, el mercado global ha conseguido dominar la escena ideológica y material. El éxito del capitalismo moderno está no sólo en las ganancias que proporciona a los

¹ Leído en la conferencia sobre Eco-Socialismo organizada por Capitalism, Nature, Socialism en Santa Cruz, California, mayo de 1997. Mary Mellor enseña en la Universidad de Nothumbria, Newcastle, Inglaterra.

Un socialismo verde y feminista

dueños de los medios de producción sino también en las que da a muchos que participan en la economía de las mercancías que se compran y se venden.

Durante un tiempo histórico y en un área geográfica limitados, un futuro siempre en crecimiento parecía asegurado por el sistema (masculino) de producción fordista que proporcionaba el salario familiar junto con el Estado de bienestar y el consumo de masas. La fuerza del capitalismo fordista era su promesa de universalidad. Cuando llegase el barco del mercado, todos podrían zarpar a bordo. El consumismo como forma de vida era la última etapa en el desarrollo de la humanidad. Los socialdemócratas, los socialistas revolucionarios y otros grupos de izquierda o centro-izquierda criticaban las relativas injusticias del sistema, criticaban también a veces su colonialismo, pero apenas criticaban su racismo y su sexismo, y casi nunca dijeron nada de su impacto ecológico. La crisis ecológica ha deslegitimado el capitalismo consumista como nunca pudieron hacerlo el socialismo y el feminismo (ni solos ni combinados). Cuando feministas y socialistas argumentaban que el capitalismo era injusto, se les respondía que al final el capitalismo lograría incorporar a todos y a todas en su sistema de producción y consumo. A las mujeres se les prometía que, al final ... tendrían las mismas oportunidades. A los pueblos del Sur se les prometía la «modernización», el «desarrollo», el «progreso», mientras se les despojaba de tierras y recursos.

El canto de la sirena del crecimiento ilimitado de la producción hizo olvidar a los socialistas el porqué habían querido conseguir el control de los medios de producción. Seguramente su objetivo olvidado había sido precisamente asegurar los medios de subsistencia para todos. En otras palabras, lograr cumplir en la esfera de la necesidad para llegar a la esfera de la libertad (aunque rechazo este dualismo). Mucha gente ha dejado de creer en la promesa capitalista de la universalidad, pero parecen resignarse al «hecho» de que «no hay alternativa» al dominio del mercado capitalista. Esa resignación ha sido favorecida por el fracaso de la industrialización estatista de Europa oriental, la pérdida de confianza en los partidos social-demócratas de Occidente, y la destrucción de la autonomía económica y política de los países del Sur. Quienes nos preocupamos por la ecología del planeta y estamos

comprometidos con la igualdad social, debemos escapar de la fuerza ideológica y material del sistema capitalista global de mercado y de la estructura economicista que lo apoya. «Economicismo» quiere decir no sólo la ficción de la teoría económica como ciencia que expresa la «verdad» sobre las relaciones económicas, sino también la idea de que la economía es la base dominante y determinante sobre la cual se organizan las relaciones sociales.

El análisis materialista ecofeminista del papel de las mujeres y de la naturaleza en el sistema socioeconómico parte de la idea de que la humanidad está dentro de la naturaleza. También Marx empezó por ahí. Es un concepto más profundo que el del «medio ambiente», es decir, la humanidad en contacto con un ambiente exterior. El análisis materialista ecofeminista ve a la humanidad incrustada en los ecosistemas y considera que la humanidad incorpora también la animalidad. Cuando las mujeres y la naturaleza son «externalizados», eso es un refuerzo esencial para los sistemas socioeconómicos de predominio masculino. Nuestro análisis distingue entre un materialismo social y un materialismo profundo. El materialismo social describe las estructuras de explotación económica en el seno de sistemas socio-económicos. Pueden ser estructuras de género, clase, «raza», dominación colonial, etc. que, por ejemplo, permitan y aumenten las ganancias de los capitalistas. El materialismo profundo analiza las estructuras de explotación necesarias para hacer que la vida humana sea posible diariamente, es decir, no sólo los recursos físicos sino el trabajo de alimentar y cuidar que proporciona la capacidad original para la vida social, la subsistencia y la seguridad emocional.

El mundo natural y el trabajo de las mujeres son vitales, pero históricamente también lo fue la esclavitud y, en la sociedad «moderna», las relaciones de clase u otras dimensiones de la explotación. El trabajo asalariado puede analizarse, pues, desde la perspectiva del materialismo social (las contradicciones internas del modo de producción capitalista) pero también desde la perspectiva del materialismo profundo, es decir, qué aspectos del trabajo asalariado satisfacen las necesidades de la corporeidad humana y de su imbricación en los ecosistemas.

El ecofeminismo materialista alcanza más allá del «mer-

cado», al añadir al materialismo histórico marxista y a su crítica del capitalismo, el análisis de la división sexual del trabajo y de los límites ecológicos a la (re)producción. Desde la perspectiva del materialismo profundo, es tan importante desafiar al capitalismo en las luchas sobre el derecho a una subsistencia ecológicamente sostenible como en las luchas sobre la producción. Hay que reconocer que, si no frenamos el consumismo en el mercado (cuyo aumento es el principal ingrediente de la política en el Norte), entonces la marginación del trabajo de las mujeres, la destrucción del planeta y de las vidas de los pueblos del Sur, no cesarán.

UN ANÁLISIS VERDE Y FEMINISTA

Desde la perspectiva ecofeminista y ecosocialista, las relaciones dentro de la sociedad humana deben ser vistas siempre en el contexto de las relaciones entre los humanos y la naturaleza. El elemento más importante es aquí los límites que las condiciones y procesos naturales ponen a la actividad humana. Ciertamente, la noción de escasez está socialmente construida (Ross, 1996) y no sabemos dónde están exactamente los límites naturales, pero esas condiciones naturales tienen un papel social que no puede ser controlado totalmente por los humanos. Las estructuras sociales no son los únicos agentes. En el análisis materialista profundo se acepta que las estructuras sociales están limitadas por su contexto natural, aunque esos límites no puedan ser calculados. No existe un punto de Arquímedes desde el cual la humanidad pueda trazar el mapa de la complejidad de las condiciones naturales.

El núcleo del análisis ecofeminista materialista es que la crisis del capitalismo no reside solamente en sus contradicciones internas sino en la propia noción de lo «económico». Las feministas han argumentado cada vez con más fuerza y eficacia que una buena parte de la vida de las mujeres está fuera de la «economía» formal. Las economistas feministas han argumentado que en los orígenes de la economía y de la ciencia económica modernas está la exclusión sistemática, no accidental, de las mujeres, que tanto se debe al patriarcalismo como al capitalismo (Gilman, 1898; Hartsock, 1983; Pujol, 1992; O'Hara, 1995; Kuiper y Sap, 1995). Eso no sólo lleva

a injusticias en las decisiones económicas (Waring, 1989) sino que oculta los beneficios muy reales que los hombres y el capitalismo obtienen del trabajo de las mujeres, ya sea gratuito o pagado (Delphy y Leonard, 1992; Mellor, 1992a; Mies *et al.*, 1988; Mies, 1986). Las feministas, sobre todo las del Sur, han argumentado que la mayoría de las mujeres apenas tiene acceso a los beneficios del sistema económico formal aunque sí tienen la última responsabilidad en el sector de subsistencia respecto de las necesidades básicas de sobrevivencia de sí mismas y de sus descendientes (Sen y Grown, 1987). María Mies ha argumentado que esa responsabilidad permite la superexplotación de las mujeres ya que el capitalismo paga una miseria a los hombres y menos aún a las mujeres bajo el supuesto de que los «costos» de reproducción corren a cargo del sector de subsistencia (Mies, 1986). Sin embargo, Mies y Shiva, entre otras, también argumentan en favor de la importancia ecológica y social del sector de subsistencia que proporciona cierto grado de autonomía gracias a la existencia amenazada de tierras y recursos comunitarios (*The Ecologist*, 1993) y a la continuidad de los conocimientos, variedades agrícolas y formas de vida tradicionales (Mies y Shiva, 1993; Braidotti, 1994; Harcourt, 1994).

El socialismo tradicional no supo distinguir entre el materialismo social y el materialismo profundo, y por tanto no percibió el papel especial que las mujeres y el mundo natural tienen en la formación de las estructuras básicas de la vida social humana. Ynestra King ha explicado cómo las mujeres tienden el «puente» entre la sociedad o la cultura y la naturaleza: «Es como si a las mujeres se les hubiera confiado un pequeño secreto sucio que han mantenido oculto: la humanidad emerge de la naturaleza no humana y se vuelve social durante la vida de la especie y de la persona, y el proceso de nutrir y cuidar un infante humano no socializado ni diferenciado hasta que se convierte en una persona adulta —la socialización de lo orgánico— es el puente entre la naturaleza y la cultura. El hombre burgués occidental se separa luego a sí mismo del reino de lo orgánico para convertirse en ciudadano público, como si hubiera nacido de la cabeza de Zeus. Abandona las cosas de los niños. Quita poder a su madre y la sentimentaliza, la sacrifica a la naturaleza. Pero la llave del papel histórico de las mujeres para sobrepasar el dualismo

naturaleza/cultura está en el hecho de que las actividades tradicionales de las mujeres —el hacer de madres, el cocinar, el cuidar enfermedades, la agricultura y la recolección de frutos— son tanto sociales como naturales.» (King, 1990, p. 116).

Decir que las mujeres son un puente entre la sociedad-cultura y la naturaleza no es lo mismo que decir que las mujeres están «más cerca de la naturaleza», es decir, un ecofeminismo de afinidad con la naturaleza (Mellor, 1992a). El ecofeminismo materialista ve la relación de las mujeres con el mundo natural como algo socialmente construido (Mellor, 1997b). Como indica Ynestra King, las mujeres y los trabajos de las mujeres son tanto sociales como naturales. También los hombres son tanto sociales como naturales. El argumento principal del ecofeminismo materialista (aunque Ynestra King no usa esta terminología) es que la sociedad dominada por los hombres ha sido construida como si no fuera así, como si las condiciones y los límites ecológicos no se aplicaran a los hombres y a los sistemas económicos que ellos crean.

La economía patriarcal y capitalista se separa y se distancia de la existencia humana corpórea e incrustada en la naturaleza, dejando atrás a las vidas y los trabajos de las mujeres y externalizando el mundo natural. La «economía» y la «ciencia económica» son construcciones sociales y el ejemplo más extremista es el *homo economicus* neoclásico (Mellor, 1997a). Como Julie Nelson ha argumentado, la preocupación moderna en la ciencia económica por los modelos individualistas de elección social y teoría de juegos desvía la atención del significado básico de la palabra «economía» como el «aprovisionamiento material con lo necesario para la vida». La ciencia económica debe estudiar «cómo los humanos, en interacción entre sí y con el medio natural, consiguen su supervivencia y su salud» (Nelson, 1993, p. 34). Este concepto de ciencia económica es mucho más amplio que las nociones productivistas de los sistemas económicos capitalista o socialista. Esa interacción profunda con el mundo natural y con otros seres humanos es lo que he llamado «materialismo profundo». La existencia humana es imposible si esas interacciones no ocurren. El «homo economicus» no nacería, no sobreviviría, no se alimentaría de una manera que le permitiera des-

pués actuar socialmente, sin esas relaciones supuestamente «extraeconómicas». Sin embargo, el *homo economicus* es visto, como modelo teórico y en la realidad, como un individuo autónomo, móvil, socialmente adaptado, competente para ejercer sus libres decisiones y elecciones.

Esas concepciones extremadas de la economía neoclásica no son tan distintas como puede parecer de las de la economía clásica o del marxismo. En efecto, la «economía» no puede verse como «determinante» en última instancia, ni es tampoco la fuente de la «riqueza de las naciones». Es una superestructura ideológica que descansa sobre bases materiales más profundas aún que la explotación de una clase social por otra: la corporeidad de los seres humanos como seres que nacen, se crían, mueren, y la dependencia de los ecosistemas dentro de los cuales está la «economía». Ningún sistema «económico» aislado puede asegurar la satisfacción de las necesidades de nuestra existencia física ni garantizar la sustentabilidad ecológica. La ecología es casi siempre una «externalidad» en el cálculo económico, y una gran parte de las necesidades físicas humanas dependen de los trabajos «reproductivos» no remunerados tanto domésticos como de subsistencia. La definición de riqueza que la hace equivalente a la producción y la venta de mercancías, es central para los sistemas económicos formales, pero es una noción sin sentido en el contexto del bienestar humano. Si algo queda fuera de la economía, si algo no es pagado en la economía, alguien paga de cualquier otra manera: morirán antes, o dormirán en la calle, o alguna persona de la familia les cuidará, o no tendrán zapatos, o caminarán leguas hasta el pozo a sacar agua.

La pregunta, «¿Quién va a pagar?», que es el mantra de la escuela «No hay Alternativa» de economía, implica que los reclamos sociales son a costa del «sector creador de riqueza». ¡Vaya tontería! Es el «sector (supuestamente) creador de riqueza» el que parasita el trabajo no pagado, el trabajo pagado pero explotado, los recursos naturales expropiados y los ambientes naturales degradados que lo sostienen (O'Connor, 1994; Salleh, 1994). Así pues, el «aprovisionamiento material» de la sociedad ya sea por «el mercado» o por «el estado» no es una cuestión económica sino política. La economía es política disfrazada (Henderson, 1988). El no-reconocimiento de los «trabajos» de las mujeres y de la naturaleza ha permiti-

do construir un falso concepto de «economía». Al entender esto, a partir de un análisis verdaderamente materialista, podemos poner en cuestión no sólo el capitalismo sino el pensamiento de dominación masculina y el pensamiento antropocéntrico, y al mismo tiempo podemos empezar a pensar en formas alternativas de aprovisionamiento material. La ciencia económica no tiene nada que ofrecer para resolver la relación entre la ecología y las comunidades humanas, sino que (en sus formas clásica y neoclásica e incluso también en su forma marxista) es más bien parte del problema. Hace falta un análisis materialista profundo que haga evidente la explotación de todas las «externalidades» sobre las que se mantiene el «sector (supuestamente) creador de riqueza». La ideología del economicismo debe ser desafiada, al considerar todos los trabajos hechos en la sociedad, pagados y no pagados, y también el «trabajo» del planeta como despensa y como basurero.

EL APROVISIONAMIENTO MATERIAL ALTERNATIVO

Los principios verdes y feministas requieren que el aprovisionamiento material sea lo más local posible. Ese localismo es «verde» porque así las consecuencias ecológicas de los procesos de producción son obvios no sólo para los productores sino también para los usuarios o consumidores. Ese localismo es feminista porque no separa la producción de otros aspectos de la vida de la comunidad. El aprovisionamiento material debe también ser igualitario y con base democrática.

El aprovisionamiento, en el sentido con que usamos aquí la palabra, es mucho más amplio que las «necesidades económicas» definidas en la economía formal. Según Max-Neef, las necesidades universales son la subsistencia, la protección, el afecto, el entendimiento, la participación, el descanso, la creatividad, la identidad y la libertad (en Ekins, 1986, p. 49). Los «satisfactores» de esas necesidades serán distintos en distintas culturas. Muchas de esas necesidades son satisfechas en las relaciones informales de la «economía social» aunque poco a poco están siendo mercantilizadas en la economía formal.

La política ecosocialista debería crear unos sistemas sociales para satisfacer esas necesidades que permitiera que la gente se liberara de la «economía», separando ese aprovisionamiento básico de los deseos de consumo, típicos del sistema capitalista de mercado. En la «economía» actual, en el mercado se mezclan necesidades y apetencias, muchas de las cuales son ecológica y socialmente destructivas. Las mujeres son las usuarias y consumidoras principales de los productos y servicios que sirven a las necesidades básicas, y los hombres son los propietarios, controladores y beneficiarios económicos de las decisiones de producción, por tanto el cambio implica un movimiento hacia una economía determinada por las mujeres y por las necesidades de las mujeres.

Los trabajos y los cuidados de las mujeres a lo largo de la vida deben ser la base principal del aprovisionamiento material aunque no son solamente las mujeres quienes deben realizarlos. Se trata sobre todo de trabajo humano directo con poco uso de recursos más allá de los empleados para la subsistencia directa. Ése es el trabajo que las mujeres han realizado gratuitamente a lo largo de la historia, y puede ser organizado de manera gratuita. Ésta es una manera eficaz de mostrar la eficacia de una sociedad socialista, más que intentar recobrar el control de los medios de producción de un capitalismo que hoy en día es transnacional. En vez de buscar soluciones productivistas basadas en la política del trabajador industrial masculino, una política ecosocialista estaría enfocada al materialismo profundo de la seguridad y la subsistencia de las comunidades. No se trata de ir desde «aquí» hasta un «allá» lejano con un cambio social radical, pues la gente siempre está «aquí» en sus vidas y necesidades; lo que ocurre es que las relaciones económicas abstractas han creado un «allá» que parece estar fuera del control personal y que quisiéramos controlar, pero es mejor que el cambio radical consista en vivir el «aquí» plenamente y escapar hasta donde podamos de las relaciones económicas existentes (Mellor, 1995).

El separar a la gente de la economía formal será muy difícil (aunque muchas personas no están muy metidas en ella) como también lo es convencerla de que adopte un estilo de vida más simple (aunque la mayor parte de la humanidad no consume mucho) (Elgin, 1981). El punto de partida debe ser mostrar que todos los sistemas económicos son básica-

mente sociales. La acumulación de riqueza monetaria no garantiza la seguridad futura, los valores monetarios pueden hundirse, los bancos pueden quebrar, los bienes y servicios como la salud, el cuidado personal o la seguridad personal tal vez no estarán disponibles a precios que uno pueda pagar. El trabajo asalariado como fuente de subsistencia es siempre vulnerable. Para cada individuo aislado, una economía sólo puede dar seguridad si la sociedad es segura. Para una mujer que no tenga trabajo remunerado, la seguridad de su ingreso depende del compromiso de su compañero o de los subsidios estatales. En un sistema de aprovisionamiento material realmente seguro los recursos estarían directa y colectivamente en manos de la gente y las comunidades y su aprovisionamiento se basarían en principios igualitarios y democráticos (Albert y Hahnel, 1991). Lo que ahora tenemos es un modo de producción parasitario, que agota recursos y trabajo y consigue ganancias. Incluso el consumo más básico de bienes y servicios (la comida, la educación) se logra pagando dinero conseguido mediante la venta de horas de trabajo para propósitos que no tienen nada que ver con tales necesidades, ni a veces con ninguna otra necesidad o que incluso son dañinos.

Los verdes y alternativos creen en general en la necesidad de organizarse desde la base a través de estructuras locales económicas y comunitarias (Douthwaite, 1996; Gibson, 1996). Ejemplos son los esquemas locales de ahorros y crédito, las monedas locales, las cooperativas y los LETS (Local Exchange and Trading Schemes) que empezaron en Canadá (Dauncey, 1988). Miles de personas en el Reino Unido intercambian sus trabajos (peluquería, cultivar verduras, hornear pan, reparar las viviendas) a través de monedas locales como el «bobbin» en Manchester, los «readies» en Reading, y los «dons» in Swindon. La cuestión es cómo poder ofrecer en estos esquemas de intercambio local toda la variedad de servicios y productos que permita a la gente vivir enteramente en una economía de LETS. Tales experimentos pueden ser vistos como un juego verde y alternativo en sociedades ricas y como «islas en un océano capitalista» pero son sin duda experimentos útiles de vida alternativa. Muestran que el intercambio puede tener lugar sin explotación y que puede haber valor en las relaciones sociales directas de intercambio. Es muy improbable que un gobierno socialista en una situación no-

revolucionaria organizara el aprovisionamiento colectivo en toda la nación. La organización desde la base es más práctica y debe ser facilitada por los gobiernos.

Una solución provisional que un gobierno socialista podría introducir es una Renta Básica que daría un cierto poder de compra a todos, incluidos los desempleados, quienes podrían también dedicarse a otras relaciones de aprovisionamiento distintas del trabajo asalariado. Ahora, en el Reino Unido, la gente trabaja o está desempleada, no hay situaciones intermedias. Si alguien recibe el subsidio de desempleo no puede ganar otro dinero ni hacer nada que pueda definirse como trabajo. En la práctica, mucha gente usa el subsidio de desempleo como una Renta Básica, insuficiente para la vida en una sociedad como la del Reino Unido, y tiene otras actividades. Desde luego, disponer de un subsidio de desempleo, como también tener ahorros y pensión de vejez, son lujos impensables para la mayor parte de las personas del mundo. En el Reino Unido, esa Renta Básica no podría ser independiente de la economía de mercado, ya que habría que financiarla con impuestos sobre el «sector (supuestamente) creador de riqueza», y se trataría, pues, de una solución provisional. Además, en una economía muy urbanizada y muy mercantilizada, los recursos materiales para el aprovisionamiento material (por ejemplo, algunos tipos de alimentos o combustible para la calefacción) no estarían por ahora disponibles a nivel local y su distribución debería organizarse todavía a nivel nacional.

Los ideas socialistas han perdido fuerza política porque los socialistas estuvieron de acuerdo con los capitalistas en que el aprovisionamiento básico desviaba recursos del sector «productivo» y «creador de riqueza». Se equivocaron totalmente. La situación real es la opuesta. El «sector (supuestamente) creador de riqueza» es un parásito que se nutre del trabajo comunitario de las mujeres, de las infraestructuras construidas como obras públicas, de la ecología de la propia región o de regiones distantes. Esa idea de la «economía parasitaria» todavía no ha sido absorbida por la Izquierda tradicional que continúa con el argumento de que hace falta más crecimiento económico para que haya más «trabajo» auténtico para los «trabajadores» (masculinos) en «trabajos» de verdad... Los socialistas deberían pensar, en cambio, en cómo

usar el trabajo directo en vez del trabajo asalariado en mantener y ayudar a las comunidades locales. Una política así tropieza con la noción de que, si el trabajo es «real», debería servir para ganar un salario, pero eso es pensar en términos productivistas. Las mujeres han trabajado gratuitamente durante generaciones y generaciones. También la historia de las empresas sociales municipales, el «socialismo del gas y del agua», que habían dado seguridad en el aprovisionamiento a tantas personas en Gran Bretaña, debe ser aprovechada.

La verdadera «riqueza» debe ser redefinida: riqueza equiva- le a seguridad en el aprovisionamiento básico, y no significa acceso a los mercados. Por ejemplo, a principios de los años 1970 yo vivía en una zona de sólidas casas municipales construidas en la década de 1950, con huertos amplios ya que se suponía que las familias se autoaprovisionarían de verduras. La deuda municipal que sirvió para financiar la construcción de las casas ya había sido casi pagada, y hubiera sido posible permitir que las familias vivieran en esas casas de propiedad municipal sin pagar alquiler. Pero eso era una idea impensable y el gobierno conservador hizo que los alquileres subieran a su nivel «económico» y muchas de las casas fueron «privatizadas» de manera que los nuevos dueños están pagando otra vez lo que ya se pagó.

Otra parte de la historia británica que debe ser aprovechada es el movimiento cooperativista (Mellor *et al.*, 1988). Ahora se hace difícil recordar la importancia de ese movimiento y su papel en el aprovisionamiento material de la clase obrera. En en los años 1950, 12 millones de personas en el Reino Unido eran miembros de las cooperativas de consumo, y eso, si contamos a sus familias, representa la mayoría de la población. El movimiento cooperativista tenía sus propias fábricas y era uno de los mayores terratenientes del país, pero no pudo competir con los supermercados comerciales cuando éstos se dirigieron a los sectores obreros. Durante cien años el movimiento cooperativo cuidó del aprovisionamiento de la clase obrera de la cuna a la tumba (la funeraria mayor del país todavía hoy es una cooperativa). Si eso pudo hacerse entonces en situaciones difíciles, puede hacerse otra vez. Aunque los ejemplos de aprovisionamiento colectivo y cooperativo que he explicado, pueden parecer poca cosa, pienso que hay que recordar la fuerza de la tradición socialista particular-

mente en el movimiento cooperativista y mutualista obrero y en los sindicatos.

Mucha gente es apartada o dejada atrás por las fuerzas económicas globales, frecuentemente no disponen de tierra. Su única opción es el aprovisionamiento material autoorganizado (Latouche, 1993). Mies y Shiva argumentan además que los sistemas tradicionales de subsistencia deben ser conservados frente al mercado, para así conservar la diversidad de culturas y de recursos (Mies y Shiva, 1993). Vandana Shiva argumenta que son sobre todo las mujeres quienes permanecen en el sector de subsistencia, y sus vidas, sus conocimientos y sus recursos deben ser protegidos (Shiva, 1989). Pero incluso en las comunidades de subsistencia, el acceso de las mujeres al aprovisionamiento material no está asegurado, puede haber fácilmente una privatización (masculina) de la propiedad o de la posesión de los recursos. Además, aunque la autoorganización local pueda conseguirse, hará falta algún mecanismo adicional interregional e internacional para controlar el mercado, para regular los intercambios comerciales, y para hacer frente a los muchos problemas ecológicos.

El ecosocialismo consiste en conservar y asegurar los recursos naturales y el derecho al acceso a esos recursos a nivel local y a nivel global. La prosperidad productivista aparente en un país como Gran Bretaña no deja ver que la mayor parte de la población carece de derecho de acceso directo a los recursos naturales y a la subsistencia. Es además un país muy densamente poblado y con una estación corta de crecimiento de la producción agrícola, y sería muy difícil que fuera auto-suficiente. Cuesta recordar que hubo una época en Gran Bretaña en que los conflictos de los Diggers y los Levellers (Brailsdorf, 1976) por el derecho a la tierra para poseerla y cultivarla en comunidad fueron tan fuertes como ahora lo son en algunos países del Sur (como el Movimiento de los Sin Tierra en Brasil, por la posesión de la tierra y por la subsistencia).

¿UNA CRISIS DEL APROVISIONAMIENTO MATERIAL?

Para la práctica socialista, una cuestión básica es la de los actores o agentes sociales, es decir, qué grupos y qué crisis

pueden llevar a cambios sociales. Para los Verdes, el mundo natural se convierte en actor social en el sentido que finalmente no va a permitir un crecimiento material del sistema económico como hasta ahora. Eso deja en el aire la promesa del capitalismo consumista universal, pero la crisis ecológica, como la conciencia de clase, no es probable que tengan efectos sociales rápidos en una dirección socialista. Es cierto que en el mundo hay cada vez más gente sin tierra y que padecen la degradación de su ambiente natural pero, al igual que la gente económicamente explotada y marginada, tienen poco poder.

Para que sea efectiva, la crisis tiene que ocurrir allí donde está el poder, una crisis estructural del capitalismo o una crisis que afecte a la seguridad de la gente (relativamente) próspera en las economías capitalistas que se benefician de las estructuras globales de explotación de las personas, de los pueblos y del planeta. En mi opinión, esa gente no vive en Gran Bretaña en lo que Galbraith ha llamado «la cultura del estar contento» (1992) sino que, a pesar de su prosperidad (basada en parte en la degradación ecológica del planeta), esa gente no se siente segura. Véase la angustia acerca del pago de pensiones dentro de unos años, o las crisis que amenazan al sistema de salud pública. Una parte de esa inseguridad ontológica, una parte pequeña, tiene por causa la preocupación ecológica sobre el calentamiento global, la contaminación de los alimentos, etc., pero una parte mayor proviene, creo yo, de la pérdida de sistemas de apoyo social que se habían dado por seguros y permanentes al estar basados en los trabajos de las mujeres y en sistemas de solidaridad comunitaria.

La economía capitalista consumista moderna que impone su control hegemónico sobre la sociedad ha emergido de los mundos natural y comunitario de las sociedades tradicionales, donde la mayoría de las personas tenía acceso directo a los medios de subsistencia. Aunque las relaciones sociales no eran igualitarias, aunque las mujeres solían ser muy explotadas, había una estructura de solidaridad familiar y comunitaria. Muchos elementos de esta infraestructura han sido incorporados (sin reconocimiento) en los sistemas económicos modernos, en particular todo lo comunitario (la fertilidad de la tierra, las semillas agrícolas, el aire y el agua limpios), los tra-

bajos de las mujeres y los restos de los sistemas de solidaridad familiares o comunitarios. El capitalismo, como régimen de acumulación de capital que explota ese hinterland no reconocido, promete mantener a la gente proporcionando todo lo necesario durante todo el ciclo de vida, pero no consigue hacerlo. La ideología de la economía de mercado como fuente de la «riqueza» de la sociedad lleva a exagerar sus capacidades. Esa economía no es en realidad más que un epifenómeno de los trabajos ajenos. Esas pretensiones exageradas no se sostienen si pensamos en las profundas raíces materiales de los sistemas económicos, es decir, en las relaciones entre los humanos y la naturaleza y en las relaciones de los humanos con los humanos. Del mismo modo que el consumo de bienes tangibles depende de la capacidad del mundo natural de proporcionar recursos y de absorber residuos, la seguridad humana depende de las relaciones humanas. La escasez de bienes tangibles tal vez no sea percibida durante mucho tiempo por la gente rica que puede comprarlos, pero la falta de seguridad personal posiblemente se note mucho antes. Ambas están interrelacionadas.

En el contexto británico, a medida que el crecimiento económico de postguerra se hizo más lento y que la debilidad británica en los mercados mundiales se puso de manifiesto, el Estado de bienestar se convirtió en una «carga» que ya no puede ser soportada por el «sector (supuestamente) creador de riqueza». La teoría y la práctica del socialismo democrático en el Reino Unido han estado en crisis los últimos veinte años porque la solidaridad del Estado de bienestar que fue la base del compromiso social tras la guerra (para los trabajadores masculinos) se disipó con la crisis fiscal del Estado que James O'Connor (1973) y otros habían anunciado. La campana mortuoria la hizo sonar Margaret Thatcher, con su famoso refrán: «la sociedad no existe, sólo existen los individuos y sus familias». Thatcher olvidaba que los «individuos» son creados por sus familias y por sus comunidades: ésta es la tesis fundamental del ecofeminismo materialista. Thatcher quería decir que el papel del Estado como instrumento de compromiso social se había acabado. La desregulación económica había «liberado» al capitalismo global para caminar por todo el mundo, y las organizaciones obreras y los propios estados no podían oponersele.

Percibo una pérdida de legitimidad del capitalismo incluso para las dos terceras partes de la sociedad que son más ricas, a medida que al «sector privado» se le adjudica, o el mismo intenta apoderarse del tipo de trabajo que ha sido responsabilidad tradicional del «sector solidario» de las familias y las comunidades. El predominio ideológico del liberalismo del mercado lleva a hacer promesas que no pueden cumplirse. El sistema capitalista de mercado había sido visto como un conjunto limitado de actividades supuestamente creadoras de riqueza. El sector productivo público (las industrias nacionalizadas) no podía competir con ese sector privado, y el Estado de bienestar no podía basarse en un sistema fiscal que gravara a ese mismo sector privado. El sector público debía cuidar algunos aspectos sociales mientras las empresas privadas «externalizan» los costos que caen sobre los desempleados, los jóvenes, los viejos, los enfermos. Pero para el capitalismo esa «externalización» de costos no tiene importancia a menos que intente competir directamente con las ideas socialistas, es decir, a menos que pretenda ser capaz de cuidar mejor del bienestar de la población. El capitalismo se ha excedido en sus promesas, bajo la ideología thatcheriana pretende que la economía de mercado puede finalmente garantizar las necesidades de todos, puede asegurar el aprovisionamiento material universal y la seguridad social (es decir, financiera) durante toda la vida de todos. La privatización de las compañías de servicios públicos y los fondos de inversión constituidos por contribuciones pagadas a la seguridad social son «talones de Aquiles» para la legitimación del capitalismo. Ese capitalismo exultante promete también evitar el conflicto de la economía con la ecología mediante la «internalización de externalidades» en mercados reales o ficticios: otro «talón de Aquiles», pero no tan próximo en el tiempo.

¿PIRÁMIDES FINANCIERAS?

En una sociedad muy mercantilizada, si una persona no obtiene dinero vendiendo algo en el mercado, no obtiene todo el cuidado material que necesita. Pero históricamente en el Reino Unido mucha parte de ese cuidado material no ha pasado por el mercado. El servicio nacional de salud, las pen-

siones y los subsidios de desempleo se financian con impuestos, es decir, hay una transferencia de los trabajadores asalariados hacia los demás, un «contrato» mutualista e intergeneracional que ha sido considerado como un ejemplo de socialismo solidario. El sistema nacional de seguridad social ha sido una ampliación de los sistemas mutualistas del siglo pasado.

Últimamente, se exhorta a la gente a asumir ella misma estas responsabilidades, invirtiendo en mercados financieros. La mayor parte de los fondos de pensiones de las empresas están ahora invertidos en las Bolsas de Valores financieros. En la década de 1980, se convenció a la gente que, para comprar sus viviendas, debían invertir en fondos especulativos. Ya no se trataba de simplemente devolver las hipotecas que habían obtenido de las sociedades de crédito, las Building Societies, sino que a la mayor parte de las familias que obtenían un crédito hipotecario se las convencía para que invirtieran los pagos durante 25 años en un fondo de inversión en valores de la bolsa, para capitalizar más dinero. Esos planes de inversión suponían que las familias continuarían teniendo un empleo estable, que no habría divorcios, y que el capital invertido crecería continuamente. Las personas se han convertido en peones endeudados, como culles chinos en las plantaciones o ferrocarriles de América. Pagar las hipotecas requiere dos asalariados por familia para mantener la corriente de inversión/devolución de crédito, y el dinero que pagan va directamente a la economía capitalista, y ya no va a una sociedad cooperativa o mutualista de crédito como eran las Building Societies. Esas propias sociedades tratan ahora de convertirse en empresas privadas. Una enorme cantidad de dinero de la clase trabajadora destinado a comprar la propia vivienda y que representaba el ahorro colectivo de generaciones trabajadoras está pasando ahora a las manos del capital financiero. Los socialistas británicos no han dicho nada al respecto.

Tales cambios han llevado mucho dinero a la Bolsa de Valores. No se trata de capitales de riesgo sino de devoluciones de créditos hipotecarios para construir o comprar la casa para vivir, de fondos de pensiones, de fondos de primas de seguros. Los inversores profesionales saben que hay ciclos, que hay alzas y bajas, pero a la gente se le hace creer que el creci-

miento es continuo. Ese crecimiento no es un crecimiento productivo «real», sino crecimiento financiero, parecido de hecho a las pirámides financieras de años recientes en Portugal o Albania donde algún estafador consiguió dinero del público popular prometiendo pagar altos tipos de interés, que pagó durante un tiempo con cargo al dinero que iba llegando arrastrado por tales promesas, hasta que la pirámide se derrumbó. En países más «serios», una de las razones del alza de la Bolsa de Valores es el dinero que llega del sector social y estatal, de los ahorros populares y de la seguridad social. La glorificación universal del «homo economicus» hace creer a la gente que todos los aspectos de sus vidas, de la cuna a la tumba, pueden ser cuidados por la «economía» capitalista mercantil financiera. Esa creencia es muy precaria, porque si el capitalismo como sistema productivo es incapaz de satisfacer las necesidades universales productivas y ecológicas, menos puede lograr esto el capitalismo como sistema financiero. Un colapso financiero no es un problema general si los inversores son profesionales que viven del riesgo, pero actualmente, en el Reino Unido, millones de personas (trabajadoras y de clase media, en el centro del sistema político) están atadas a una enorme máquina de casino con la esperanza de ganar siempre.

¿CUIDAR SIN COMPARTIR?

Una de las razones de la crisis en el Servicio Nacional de Salud es que no había reconocido los cuidados proporcionados tradicionalmente por mujeres. Para la mayor parte de las mujeres, cuidar de los niños y de los ancianos era un compromiso automático, un «altruismo forzado» (Mellor, 1992a, p. 251). El individualismo y la mercantilización de la sociedad moderna han llevado a muchas mujeres a la fuerza de trabajo asalariado, y ya no existe una reserva de mujeres de mediana edad disponibles para ese cuidado personal. Además la gente vive ahora más tiempo, y la generación numerosa de los nacidos después de la guerra llegará a la ancianidad en los próximos lustros. La prioridad que se da al «sector (supuestamente) creador de riqueza» (y a las obras públicas subvencionadas que necesita para crecer) implica que falta financiación pública para el cuidado de las personas (lo que no

cambiará bajo un gobierno laborista) y por tanto la gente se ve forzada a recurrir al mercado para conseguir el cuidado personal. Colocar a una persona anciana en una residencia geriátrica cuesta cientos de libras esterlinas por semana. Casi nadie puede pagar esto, pocas son las personas que son así bien cuidadas. Los datos oficiales son que el capital necesario para proporcionar una pensión (sin contar cuidados especiales) a una persona anciana son del orden de 135.000 libras esterlinas [unos 200.000 dólares] a los precios actuales. Esa cantidad de dinero debe invertirse y dar un rendimiento, lo que implica más crecimiento real y destructivo de la producción y el consumo o mayor inflación de los mercados financieros. Pero los cuidados *personales*, a pesar de todo el dinero del mundo, sólo existen en cantidad limitada. Los trabajos de cuidar de las personas están, en este sentido, más allá de la esfera del mercado y de los precios. El dinero, si no hay quien ejerza el cuidado, de poco sirve. Pensar lo contrario es como si quisiéramos criar a todos los niños y niñas 24 horas al día, desde el día de su nacimiento, sanos o enfermos, en días laborables y festivos, en guarderías e internados privatizados, competentes y amorosos. ¿Cuánto costaría esto? ¿Es un problema de dinero? Un enfoque feminista, verde y socialista de la seguridad de las personas se basa en la premisa de que la acumulación de capital no sirve de mucho. El cuidar de las personas es una actividad recíproca, compartida a lo largo del tiempo, y la gente está disponible para ello solamente si la organización social de las actividades humanas da prioridad a ese trabajo de cuidar.

La razón por la cual, en un país como el Reino Unido, estoy prestando atención especial al tema de las pensiones y del cuidado de las personas ancianas es porque, junto con la vivienda, esos costos abarcan una proporción grande y creciente de los gastos personales. En el tipo de consumo que alarma a los verdes, el transporte, los alimentos intensivos en energía fósil o que vienen de muy lejos, y otros bienes materiales, el gasto de dinero es menor. Desde luego, yo apoyo las propuestas verdes de tener producción local para las necesidades locales, de disponer de alimentos orgánicos, de cambiar el sistema de transporte en contra del automóvil, etc. A algunos de esos cambios coadyuva la alarma por la inseguridad de la alimentación (BSE de la carne de vacuno) o por las

molestias del tráfico y las destrucciones causadas por las nuevas autopistas. Pero esas propuestas verdes no me parece que puedan llevar a una crisis política estructural en un futuro próximo mientras sí que veo un problema central en la expansión del sector financiero sobre la base de la inversión de fondos cuya contrapartida real debe ser la seguridad en el ciclo de la vida personal.

Al identificar una crisis potencial en el sector capitalista de servicios financieros no sólo para los trabajadores (masculinos) sino también para las clases medias de las sociedades prósperas, no quiero decir que las clases medias sean la prioridad política para los socialistas. Sin embargo, argumento que la política socialista debe basarse en asegurar ampliamente el aprovisionamiento material a toda la sociedad, a lo largo de toda la vida de las personas. El conflicto que he identificado y que puede conducir a una crisis tal vez lleve a esas clases medias, no hacia el socialismo, sino al revés, hacia la reacción. Pero si los socialistas comparten, como hasta ahora, la definición masculina-capitalista de «sistema económico», entonces no van a ver esta crisis que se acerca ni tendrán una respuesta política. En ese vacío, la derecha reaccionaria podría ganar el control.

REFERENCIAS

- ALBERT, MICHAEL & ROBIN HAHNEL, *Looking Forward: Participatory Economics for the Twenty First Century*, South End Press, Boston (1991).
- BRAIDOTTI, ROSI, EWA CHARKIEWICZ, SABINE HAUSLER & SASKIA WIERINGA, *Women, The Environment and Sustainable Development*. Zed Press, Londres (1994).
- BRAILSFORD, H.N. *The Levellers*, Spokesman, Nottingham.
- DAUNCEY, GUY, *After the crash: The Emergence of the Rainbow Economy*, Green Print, Londres (1988).
- DELPHY, CHRISTINE & DIANA LEONARD, *Familiar Exploitation*, Polity, Cambridge (1992).
- DOUTHWAITE, RICHARD, *Shorn Circuit*, Lilliput press, Dublin (1996).
- The Ecologist, Whose Common Future: Reclaiming the commons*, Earthscan, Londres (1993).
- EKINS, P, *The Living Economy*, Routledge, Londres (1986).
- ELGIN, D., *Voluntary Simplicity*, William Morrow, New York (1981).
- FERBER, MARIANNE A. & JULIE A. NELSON, *Beyond Economic Man*, Chicago University Press (1993).
- GALBRAITH, JOHN KENNETH, *The Culture of Contentment*, Sinclair-Stevenson, Londres (1992).
- GIBSON, TONY, *The Power in our Hands*, Jon Carpenter Publishing Charlebury, Oxon (1996).
- GILMAN, CHARLOTTE PERKINS, *Women and Economics*, Harper & Row, New York. Primera publicación en 1898.
- HARCOURT, WENDY (Ed), *Feminist Perspectives on Sustainable Development*, Zed Press, Londres.
- HARTSOCK, NANCY M., *Money, Sex & Power*, North Eastern University press, Boston (1983).
- HENDERSON, HAZEL, *The Politics of the Solar Age*, Knowledge Systems Inc. New York (1988).
- HOFRICHTER, RICHARD, (ed) *Toxic Struggles*, New Society Publishers, Philadelphia (1993).
- KING, YNESTRA, *Healing the Wounds: Feminism, Ecology and Nature/Culture Dualism* (in) Irene Diamond & Gloria Feman Orenstein (Eds) *Reweaving the World*, Sierra Club Books, San Francisco (1990).
- KUIPER, EDITH & JOLANCE SAP (Eds), *Out of the Margin*, Routledge, Londres (1995).
- LATOUCHE, Serge, *In the Wake of the Affluents Society*, trans. M.O'Connor & R. Armoux Zed Press, Londres (1973).
- MELLOR, MARY, *Women, Nature and the Social Construction of economic Man*, *Ecological Economics* 20, pp. 129-140 (1997a).
- *Feminism and Ecology*, Polity, Cambridge (en proceso de impresión)(1997b).
- Il Materialismo della comunità: dall «Atroce» al «Qui», *Capitalismo, Natura, Socialismo* n° 13 pp. 102-123 (1995).
- Building a New Vision: Feminist Green Socialism (in) Richard Hofrichter (Ed), *Toxic Struggles*, New Society Publishers, Philadelphia (1993).
- *Breaking the Boundaries*, Virago, Londres (1992a).
- Ecofeminism and Ecosocialism: Dilemmas of Essentialism and Materialism, *Capitalism, Nature, Socialism* Vol 3 (2) (1992b).
- JANET HANNAH & JOHN STIRLING, *Worker Co-operatives in Theory and practice*. Open University Press, Milton Keynes (1988).
- MIES, MARIA, *Patriarchy and Accumulation on a World Scale*, Zed, Londres (1986).

Un socialismo verde y feminista

- VERONIKA BENNHOLDT-THOMSEN & CLAUDIA VON WERLHOLF *Women, the Last Colony*, Zed, Londres (1988).
- MIES, MARIA & VANDANA SHIVA, *Ecofeminism*, Zed Press, Londres (1993).
- NELSON, JULIE A., The Study of Choice or the Study of Provisioning? Gender and the Definition of Economics (in) Marianne A Ferber & Julie A Nelson, *Beyond Economic Man*, Chicago University Press (1993).
- O'CONNOR, JAMES, *The fiscal Crisis of the State*, New York (1973).
- O'CONNOR MARTIN, On the Misadventures of capitalist Nature (in) Martin O'Connor (ed), *Is Capitalism Sustainable?*, Guilford Press (1994).
- O'HARA, SABINE, Sustainability: Social and Economic Dimensions

- Review of Social Economy*, Vol. LIII nº 4 pp. 529-553 (1995).
- PUJOL, MICHELE A., *Feminism and Anti-Feminism in Early Economic Thought*, Edward Elgar, Aldershot, UK (1992).
- ROSS, ANDREW, the lonely hour of Scarcity, *Capitalism, Nature, Socialism*, Vol 7 (3) Issue 27 pp. 3-26 (1996).
- SALLEH, ARIEL, Nature, Woman, Labour, Capital: Living the deepest Contradiction (in) Martin O'Connor (Ed), *Is Capitalism Sustainable*, Guilford Publications, New York (1994).
- SEN, GITA & CAREN GROWN, *Development Crises and Alternative Visions*, Monthly review, New York (1987).
- SHIVA, VANDANA, *Staying Alive*, Zed, Londres (1989).
- WARING, MARILYN, *If Women Counted*, Macmillan, Londres (1989).

los materiales...

primera parte: materiales para una ética de la resistencia

1. FIN DE UNA HISTORIA
2. CRITICA DE UNA DEMOCRACIA DEMEDIADA
3. DISCURSO SOBRE LOS VALORES
4. DE LOS VALORES A LOS MOVIMIENTOS
5. DIALÉCTICA DE LA ESPERANZA UTOPICA
6. INICIATIVA PARA UNA CULTURA FEDERALISTA

Francisco Fernández Buey Jorge Riechmann

Ni tribunus

Ideas y materiales para
un programa ecosocialista

ISBN: 84323-0852-1
Páginas: 402
Colección: Sociología y política
Formato: 11,5 x 21
Encuadernación: rústica
P. V.P.: 1.200 P.V.A. (incl. IVA)

¿Qué tipo de socialismo tras la tragedia proletaria del estalinismo, la caída del Muro de Berlín y la desnaturalización de las socialdemocracias occidentales? ¿Qué clase de democracia tras la "crisis de la política" en las democracias liberales? ¿Qué políticas ambientales en la era de la crisis ecológica global? ¿Qué proyectos de liberación después del decretado "fin de la historia"? ¿Qué ética de la resistencia cuando triunfan el imperio único, el mercado único y el pensamiento único? Este libro no tiene la pretensión de ofrecer soluciones cerradas a estos grandes problemas, sino que más bien trata de combinar elementos de análisis, propuestas morales y bases programáticas que contribuyan a una reformulación de los idearios de emancipación a la altura de nuestro tiempo. A finales del siglo XX, se dice en este nuevo ensayo de Fernández Buey y Riechmann (que ya colaboraron anteriormente para escribir *Rodes que dan libertad*. Introducción a los nuevos movimientos sociales, Paidós), el socialismo tiene que plantear su propia reforma.

segunda parte: Ideas para un programa ecosocialista

1. POR QUÉ LOS MUERTOS NO RESUCITAN Y EL RECICLAJO PERFECTO ES IMPOSIBLE. ECOLOGÍA, ECONOMÍA Y TERMODINÁMICA
2. HACIA UNA ECONOMÍA SUSTENTABLE
3. PLANES Y MERCADOS EN UNA SOCIEDAD ECOSOCIALISTA
4. ¿ESBUDO DE UNA SOCIEDAD ECOSOCIALISTA
5. ¿SABEMOS SUMAR DOS Y DOS? LAS PROPUESTAS DE REFORMA ECOLÓGICA DE LA CONTABILIDAD NACIONAL
6. CERRAR LOS CICLOS. LA PRODUCCIÓN LIMPIA
7. HERRAMIENTAS PARA UNA POLÍTICA AMBIENTAL PÚBLICA EPILOGO. PARA IR CONCLUYENDO. ESTRATEGIAS

Jorge Riechmann (Madrid, 1962) es profesor titular de la Universidad de Barcelona, y actualmente dirige el área de medio ambiente de la Fundación Primero de Mayo (vinculada al sindicato Comisiones Obreras). Entre sus últimos libros destacan los poemarios *Baño con un extranjero* y *Amarte sin regreso* (ambos en eds. Nipertón), y los ensayos *Antepasados y ciudadanos. Indagación sobre el lugar de los animales en la moral y el derecho de las sociedades industrializadas* (en colaboración con Jesús Mosterín, ed. Talasa) y *Trabajar y compartir. El debate sobre la reducción del tiempo de trabajo* (en colaboración con Albert Reola, ed. Icaria).

Francisco Fernández Buey (Pamplona, 1943) es catedrático de la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona, en cuyo Facultad de Humanidades enseña Filosofía Política. En los últimos años ha publicado: *Discursos para insuñidos discretos* (Liberarias, 1993), *La barbita: de ellos y de los nuestros* (Paidós, 1995) y *La gran perturbación. Discursos del Indio metropolitano* (Destino, 1996).



170 Avenida Diagonal
08014 Barcelona